

Los caminos del progreso. Una historia del desarrollo económico, de Domingo Gallego Martínez. Editorial Comares, 2022, 557 pp. ISBN: 9788413693279

Cómo y por qué las sociedades y naciones se desarrollan son cuestiones todavía abiertas. Los intentos de los economistas, y de los historiadores económicos (siempre con unas lentes más de largo plazo) por cerrar estas cuestiones no han sido pocos, pero tampoco, en ningún caso, han sido definitivos. La obra que se reseña, sin embargo, constituye una aportación sólida y clarificadora en la quimera de desempolvar los caminos del progreso, aquellos que fueron tomados por algunas sociedades de forma decidida y certera, y que otras, por contar con una dotación de recursos ineficiente o por no disponer de una organización y de unas estructuras suficientemente flexibles para adaptarse a las dinámicas históricas del desarrollo, nunca llegaron a transitar.

Con una metodología narrativa, no por ello menos rigurosa científicamente, Domingo Gallego aborda la difícil problemática del progreso de las sociedades, centrándose en cómo influyen en este las capacidades con que cuentan estas y la forma en que se organizan. De forma sugerente, el autor hipotetiza que las sociedades más flexibles y capaces fueron aquellas donde la inmensa mayoría de sus individuos dispusieron de oportunidades y de posibilidades de aprovecharlas, abordando el contraste de esta conjetura con originalidad y rigor, y con un fructífero enfoque que combina la Historia Económica y la Historia del Pensamiento Económico. Su éxito expositivo radica en que la primera permite un análisis de las causas que originan los problemas que enfrentan hoy las sociedades, además de proporcionar información sobre cómo encararon estas los problemas y las oportunidades del pasado; mientras que la segunda constituye un complemento de aquella en el estudio de los caminos del progreso al transmitir los esfuerzos que realizaron los economistas del pasado para comprender las sociedades en que vivieron y para proponer, en su caso, políticas susceptibles de mejorarlas. No es menor, además, el tinte institucionalista que cubre toda la argumentación, que el autor reconoce, y que, unido al referido enfoque transdisciplinar, reporta, en mi criterio, al menos 3 lecturas del desarrollo nada desdeñables: primero, la relevancia de las instituciones para el desarrollo integral de las sociedades, en particular de las formas de organización y las normas que rigen dichas sociedades; de las relaciones políticas, sociales y culturales que existen en ellas; y de la habilidad de estas de construir redes de información útiles para facilitar el progreso; segundo, la capacidad de replicabilidad hoy de las condiciones que permitieron el desarrollo de las sociedades en el pasado (o de refutación de aquellas que propicia-

ron el fracaso), aspecto este que otorga un gran valor al conocimiento transdisciplinar de la historia; y tercero, la conveniencia de desterrar el sesgo ideológico en el análisis histórico del progreso, algo que el autor consigue mediante la continua confrontación de ideas de autores de corrientes diametralmente opuestas, las cuales, paradójicamente, acaban ofreciendo una imagen conjunta y plural del progreso económico que se sintetiza con nitidez en la primera parte de las conclusiones.

Sin ánimo de destripar el contenido de las más de 550 páginas que tiene el libro, que son, además, de lectura fácil y rápida, el libro presenta una estructura adecuada a sus objetivos y a la argumentación que se realiza. Dicha argumentación se expone, de hecho, en 5 partes, a las que le sigue un breve apartado final de conclusiones, que son, más bien, reflexiones muy sugerentes del autor sobre los efectos colaterales del desarrollo económico, muy visibles ya en las sociedades actuales. Las 3 primeras partes se dedican al análisis de las transformaciones económicas ocurridas en el *primer mundo* (permítaseme esta expresión, ya denostada) desde la época medieval, acompasado por el también avance de la historia de las ideas económicas. Siendo más explícitos, la primera parte (que abarca los capítulos del II al V) es un majestuoso ejercicio de historia económica sobre las sociedades preindustriales (épocas medieval y moderna), en el que se incide sobre el carácter orgánico de estas y sobre la predominancia del mundo rural sobre el urbano en ellas, aspectos estos que siguieron vigentes a lo largo de las épocas medieval y moderna. Además de dicho ejercicio, es más que notable la contribución que se ofrece desde la historia del pensamiento económico para explicar las dinámicas en la generación de riqueza, donde el autor se hace eco, por ejemplo, de las originales aportaciones de Cantillon sobre los entornos urbanos y las redes sociales, políticas, culturales, científicas, e incluso religiosas que emanan de ellos, que les hacen más propensos al desarrollo que los enclaves rurales; o de las distintas y contrapuestas formas de concebir la riqueza de las naciones que, todavía en el siglo XVIII, podemos encontrar en las obras del mercantilista Mun, del fisiocrático Quesnay o del propio Adam Smith.

Con un enfoque idéntico a la primera parte se encara la segunda (capítulos VI y VII), que aborda, esta vez, el análisis histórico económico de las sociedades durante la época industrial (desde comienzos del siglo XIX hasta la segunda década del siglo XXI). El elemento vertebrador de este análisis es, sin duda, la revolución tecnológica que ha tenido lugar (en diferentes etapas, si se prefiere,

desde finales del siglo XVIII), que implicó, en gran medida, una transición en las sociedades desde los procesos productivos de base orgánica hacia los de base mineral. El prisma con que es analizado este proceso revolucionario me parece muy interesante, pues sirve a Domingo Gallego para plantear una nueva forma de organizar la producción (la que nos hemos dado desde inicios de la revolución industrial), que prioriza eficiencia técnica y productiva sobre la capacidad de regeneración de los recursos que utiliza, en gran medida de carácter mineral. Esto supone, y en el libro se presenta de forma muy clara, que ante las múltiples y evidentes consecuencias positivas de la industrialización para el desarrollo de las sociedades (desde luego económicas y sociales, pero también culturales, políticas o demográficas) se han erigido, a modo de efectos colaterales, algunos grandes problemas de naturaleza ambiental, climática o de otra índole a los que hay que poner hoy solución.

La tercera parte (capítulos del VIII al XII) es una síntesis muy conseguida del pensamiento económico contemporáneo. Esta se construye, muchas veces en esta tercera parte, mediante la confrontación de paradigmas o de formas de entender el funcionamiento económico, lo cual enriquece el análisis y le da rigor, en mi criterio. A modo de ejemplo, en el siglo XIX, las visiones de Ricardo y Marx sobre la generación de valor, muy enfocadas en el lado de la oferta, son enfrentadas a las de los principales marginalistas, que dieron a los consumidores y en particular a la utilidad marginal un papel central en la formación del valor de las cosas. Del mismo modo, se confrontan las ideas de Keynes y Walras sobre el desempleo y sobre el equilibrio en los mercados, y las del economista de Cambridge y Schumpeter en cuanto a la conveniencia de analizar los ciclos económicos o la inestabilidad económica, todo ello en una dinámica analítica que no está separada del análisis histórico económico; y que tampoco reniega del papel que tienen el Estado y el Mercado como mecanismos de asignación de recursos en cada una de las etapas analizadas. Tampoco se eluden las consecuencias que se derivan de dicha asignación en uno y otro caso, de tal modo que acaban poniéndose sobre la mesa problemas globales que son consecuencia de asignaciones eficientes, sin que ello sea un contrasentido. En otro orden de cosas, es cierto que este ejercicio de revisión del pensamiento económico contemporáneo no es muy novedoso, sin embargo, tiene la virtud de estar presentado de forma muy asequible para el lector no experto, sin perder un ápice de rigor científico, y también de estar estructurado de una forma transversal, pero siguiendo la cronología que marca la historia económica en la división por coyunturas de la época contemporánea, lo cual facilita también la lectura y comprensión.

La cuarta parte se encuadra en los capítulos del XIII al XVI y, en cierto modo, trata de situar el desarrollo de las sociedades en el marco de las grandes globaliza-

ciones que tuvieron lugar en el mundo contemporáneo, la primera entre 1820 y 1914, y la segunda, tras el parón de entreguerras, en el período posterior a la segunda guerra mundial. El hilo argumental de Domingo Gallego en este capítulo otorga gran relevancia en el desarrollo económico que adquieren las naciones a las relaciones económicas y financieras internacionales, y en particular, al comercio internacional. Con todo, las páginas más interesantes de esta parte del libro son, en mi criterio, las que se dedican al estudio de casos específicos, y lo son porque en todos los casos analizados constituyen un esfuerzo documentado y riguroso del autor por encontrar las causas del éxito o del fracaso en el desarrollo de las áreas geográficas consideradas. En los breves ensayos que aparecen sobre la planificación central de la URSS o sobre la “planificación capitalista” de la Alemania nazi (como formas exitosas de situar al Estado como mecanismo asignación de recursos), por un lado, o sobre los problemas que han encontrado para progresar algunas economías en desarrollo (en el libro se analizan algunas economías asiáticas como Corea del Sur y Taiwan, además de la República Popular de China; también se reflexiona sobre el África subsahariana como bloque, y sobre América Latina), por el otro, el lector puede percibir las discontinuidades históricas del progreso económico, además de las diversas vías en que este puede ser abordado y alcanzado.

Finalmente, la quinta y última parte del libro, que bien podría ser la primera, es un alegato institucionalista sobre el progreso económico de las sociedades. Así lo entiendo yo, al menos, y así se desprende de la lectura detenida de los capítulos XVII y XVIII, que el autor considera necesarios para entender el esqueleto teórico que subyace a los dieciséis primeros capítulos del libro. En efecto, en última estancia son los factores institucionales, por encima del nivel de eficiencia que podamos conseguir en la asignación de los recursos, los que acaban determinando el grado de progreso de las sociedades. Además, el carácter abierto y transdisciplinar del enfoque institucionalista permite relativizar dicho progreso, o matizar esta noción. Primero, porque el desarrollo ha generado niveles de desigualdad elevados en término de renta por habitante que impiden a una parte importante de la población de disponer de oportunidades para su desenvolvimiento personal y social; y segundo, porque los avances económicos y sociales que se derivan del progreso de las sociedades desarrolladas han estado supeditados a una utilización de los recursos (no recuperables) del planeta vertiginosa (también a una utilización muy por encima de su regeneración en los recursos recuperables), que ha tenido efectos muy perniciosos sobre el medioambiente. Es en esta línea, sugiero, en la que es más apasionante la lectura de este magnífico libro.

Francisco Manuel Parejo Moruno
Universidad de Extremadura